

envió a mi lado como ángel de mi guarda. Cada vez que te alejas, me ecurre algo. Anoche, cuando te despediste, seguí con varios profesores y alumnos graduados bebiendo vino. Uno de ellos, de abierta filiación sodomita, me besó, me tocó y me excitó. Morosamente me dejé acariciar sin darme cuenta de que era una vil trampa. El tipo, pérfido, se echó a reír diciéndome: Tú eres también del gremio. Los demás profesores y alumnos, que habían contribuido a la broma semiocultos, se echaron a reír, acusándome, burlándose de mí. Me retiré muy ofendido y, al despertarme hoy, bien temprano, fui a ver a Superior y le conté incidente. Me dijo: Olvídelo. No se haga mala sangre por una bobería sin importancia. Fue una sencilla broma. Sé que en un internado como éste ocurren casos de homosexualidad como sucede en los cuarteles y cárceles. Es algo natural. Los internos se liberan de angustias masturbándose o acostándose juntos. Nada de eso es pecado. Pecado es si se acuestan con mujeres. No olvide que el pecado original y la expulsión del Paraíso se debieron a Eva.

—Creíste, como siempre, solucionar el caso escapando, sin darte cuenta de que lo que haces es huir de ti mismo. Quieres que yo sea tu ángel de la guarda, tu perpetuo custodio, porque sabes que el ángel de Sodoma también te sigue. Lo supe desde Roma. Sabes que al lado mío no temes nada pues soy hombre legítimo. Sólo me excito con mujeres. Si el niño llora porque teme estar solo en su camita al oscuro, nadie debe mimarlo, de lo contrario seguirá siempre tímido. Tú sigues siendo una criatura indefensa. Debes luchar, como San Jorge, con el dragón. También Jacob supo vencer al ángel. Tú dices que un fulano te acarició el pene o el muslo y flaqueaste. Los antiguos hebreos solían jurar tocándose los testículos. De allí vine la palabra testigo. Para nosotros, los italianos, testículo y testigo son, igualmente, **testes**. En el **Génesis**, Abrahán, ya viejo, le dice al criado: Pon tu mano bajo mi muslo, y júrame por Jehová que a mi hijo Isaac no darás mujer cananea sino de mi tierra natal. Jacob, a la hora de morir, dice a José: Coloca tu mano bajo mi muslo y promete que no me enterrarás en Egipto. Jacob peleó con un ángel hasta la aurora; éste le tocó el tendón del muslo y se lo dejó tieso. Los traductores, por pudor, en vez de pene ponen muslo. No me atrevo a jurar pero es posible que fuese el ángel de Sodoma quien le tocó a Jacob el pene. Afortunadamente Jacob venció. Y es eso lo que debes hacer cuando te toquen el muslo. Nada importa que el maldito tendón se ponga tieso. Lo importante es vencer a ese demonio que llevas dentro. Por lo pronto, mi idea es romper con el injusto voto de castidad. Mando al carajo los hábitos. No he de endosar más la sotana cuya botonadura semeja una bragueta desde el cuello hasta el suelo pero, con

todo y eso, sólo tiene el aspecto de un traje de mujer. Tú bien sabes que el tendón de mi muslo sólo se pone tieso cuando lo tocan las mujeres. No olvides lo que te he aconsejado. La sirena está sonando de nuevo. Me voy rápido. Bébetelo un pisco doble, persígnete y entra resueltamente al Tabernáculo. No intentes redimir a tu madre ni aspire a ser santo. Conviértete en Don Bosco. Funda escuelas. No debe preocuparte que Rosina sea santa. Lo que más interesa es que puta. Me voy. Adiós y buena suerte.

Renato Sant'Elmo se apresuró hacia el puerto. Danilo lo siguió con la vista. Lo vio esfumarse entre la bruma como quien se desliza y desaparece.

Oyó de nuevo la sirena del barco.

Tras cancelar la cuenta, salió del restaurante. Cruzó la calle. Se persignó devotamente y entró en el Tabernáculo.

## IV

### Una especie de complejo de culpa

Cuando corrió la voz de que un tal tipo de barba nazarena y ojos claros se había instalado en la isla, las muchachas revolotearon como enjambre de abejas por los alrededores de la iglesia. Todas las tardes se las veía paseando por la plaza y el atrio. Cantaban, a dúo o en coro, románticas tonadas de amor o entretejían juegos de prendas que de modo invariable se iniciaban diciendo: «De La Habana ha venido un buque cargado de» La importancia del juego consistía en reaccionar rápidamente diciendo en el momento oportuno una palabra que comenzara con la letra propuesta, de lo contrario todas gritaban «¡prenda!» y era preciso que la persona perdedora depositara alguna joya valiosa que podía ser anillo, arete o dije. Los turnos de la ronda giraban de modo tan veloz que muchas veces el barco llegaba cargado de: montañas, nubes, besos, nostalgias y suspiros. Cuando Felipe, el Mogo Tin, Mingo Segura, Zózimo Chen y los demás compinches se arribaban al grupo sin previa invitación la carga se tornaba humorística o asumía aires profanos. Muchas veces el bergantín cubano llegó cargado de mosquitos, ladillas, piojos, cucarachas, lombrices, eructos y hasta productos de origen coprolático. Menos mal que una noche el cargamento fue de orden religioso, y el buque de La Habana llegó cargado de camándulas, ayunos, candelabros, purgatorios, infiernos, paraísos y mártires. Nadie supo qué hacer cuando la nave llegó cargada con un absurdo cargamento de vírgenes pues eran once mil, todas iguales, reseca como pasas. Las echaron al mar que, entretenido, las arrojó a la orilla, y los chiquillos adornaban con ellas sus castillos de arena.

Las maestras Josefita del Vasto, Micaela Camargo y Marucha Vela invitaron a Hipólito, que parecía algo tímido, y lograron enrolarlo en el grupo al que Cándida se unía de vez en cuando con licencia de las tías solteronas.

Fue Cándida quien consiguió que el Ñopo firmara con Hipólito un buen contrato y que éste se quedara en la isla frente al negocio de las naves; lo consiguió mediante las argucias y mañas de Chon Candela quien a su vez estaba interesada en que el hombre de la barba nazarena le enseñara a Felipe el buen oficio de hacer navíos y ataúdes.

Para Cándida, Hipólito encarnaba el ideal de esposo que le habían inculcado las tres Marías, pues él era la efigie más exacta de Jesús Nazareno. Tenía rubio el cabello, que le caía en espesos bucles sobre los hombros confundiendo a veces con la crespada maraña del bigote y las barbas. Era un hombre sencillo. Vestíase de manera habitual con camisilla, pantalones de dril y un par de rústicas sandalias playeras.

La astuta Chon Candela había intuido que la mística Cándida, aun queriendo ocultarlo, padecía ya el flechazo de que se habla en algunos cuentos de hadas. Conversando a su modo con el doctor Ladera, Chon supo que la llegada de Hipólito a la isla podía beneficiar a Felipe quien le podía servir de peón en el taller y de ese modo, casi sin darse cuenta, si era constante y afanaba, tal vez en pocos meses aprendería un oficio. La única forma de atrapar a Felipe era poniéndole una buena carnada. ¿Qué cebo apetitoso podría atraer a Pipe hacia el taller de Hipólito? No podían ser las rosas ni las abejas porque punzaban. Las unas eran rojas y bellas, pero tenían espinas; las otras defendían su miel con púas. Chon Candela sabía de una carnada más atractiva, una carnada que era una rara mezcla de dulzura, de bondad, de belleza. Ese espejuelo para cazar alondras tenía el risueño nombre de Cándida.

—Oyeme, Chon Candela —decía don Plácido—. Ponme atención, escúchame. Cuando Cándida inició sus funciones como maestra tenía muy buenas condiciones para el apostolado de la enseñanza, pero era demasiado bisona, inexperta y aún más joven que muchos de los hombres que le tocaron como alumnos. No lograba imponerse disciplinariamente. No tuve más remedio que invocar y convencer a Felipe para que regresara a la escuela. Tú bien sabes que él siempre ha sido un vago, playero y holgazán. ¿Qué no hicimos tú y yo para que Pipe calentara las bancas de la escuela? Nada lo hacía quedarse. Lo atraía el mar. Desde que Cándida se marchó de la isla tras la penosa muerte de Dalila, Felipe se ausentó de las clases Nada lo hacía volver. Apenas supo que Cándida fungía como maestra, lo vi rondando por la playa junto a la escuela. Sólo bastó que la llamara suplicándole que

ayudara a Cándida para que de inmediato obedeciera. Él bien sabía que Cándida lo odiaba, que ni siquiera querría mirarlo, pero Pipe deseaba ayudarla, recuperar su crédito, perdido por una irreparable fatalidad. Supo cumplir con su deber y al imponer la disciplina, logró aliviar a Cándida quien, gracias a Felipe, superó brillantemente y con creces la dura prueba. Con todas las reservas del caso, ella me dijo que le debía a Felipe ese favor. Ahora cambiemos la oración por pasiva. No creo que Cándida tendrá ningún inconveniente en retribuirle a Pipe su servicio, pero sería difícil y muy poco prudente situarla en el taller para que sirva de carnada a un tiburón como Felipe. Como Hipólito es experto en lo que yo llamaría apipodaingertar varias maestras han solicitado recibir clases de él practicando el cultivo de abejas y de plantas en el jardín de Hipólito. Cándida no se negaría a acompañarlas. Felipe haría las veces de ayudante para aprender lo relativo a las naves y cooperar con las maestras en los oficios rudos. Con tal de estar al pie de Cándida ni sentirá el ácido fórmico que inoculan en sus picadas las abejas.

Atraído por la atractiva novedad de esas clases en tan amena compañía, Felipe comenzó a frecuentar el taller y a preocuparse no sólo por el duro ensamblaje de navíos sino también por ese nuevo y curioso aprendizaje que entremezclaba sonrisas con aromas y picadas.

Más que un amigo, Hipólito fue como un familiar para Felipe. Comprensivo y cordial, supo ganárselo engatusándolo con la mejor paciencia hasta enseñarle las reglas del oficio desde el manejo de los distintos instrumentos de precisión y la factura de piezas hasta el ajuste y colocación de las mismas. Al poco tiempo de haberse iniciado, Felipe hacía ataúdes y ya estaba aprendiendo a hacer cuadermas, que eran —decía— como costillas de la nave. Hipólito le demostró su gran afecto dándole un sueldo que no era permanente ni elevado, pues la paga dependía del trabajo realizado y Felipe nunca fue muy constante.

—Lo siento. Eres errático. No logras concentrarte, Felipe. Prefieres navegar o soñar. Por ser semilla de marinos, llegará el momento en que te embarques rumbo a los siete mares. De todos modos, siempre es bueno conocer el oficio de ensamblar, carenar, calafatear un navío.

La bondadosa actitud de Hipólito hacia Felipe confundía a Cándida pues si en verdad era una forma de educación cristiana por medio de la cual sólo deseaba engatusarla con falsas golosinas, Cándida se oponía al sacrificio

en el que Hipólito desdenaba su propio bienestar en beneficio de un pobre diablo como Pipe.

Sin que se diera cuenta, existía entre ellos un tácito convenio triangular en el que, uno tras otro, confirmaban el dicho de que la dama sigue al que huye y huye de quien la sigue, pues en verdad Cándida iba tras el imán de Hipólito quien a su vez trataba de encauzar a Felipe, cuyo único objetivo, felón y cínico, era gozar a Cándida no sólo por su íntima y vanidosa satisfacción sino también para vengarse del Ñopo.

Sin embargo, Felipe no atinaba a descifrarse a sí mismo, pues lo cierto era que Cándida lo hacía experimentar como una especie de complejo de culpa que a la mejor tenía su origen en el percance de Dalila. Frente a ella perdía el ánimo. Se desasosegaba. Lo acometía un curioso estado de incertidumbre, de absoluta inseguridad erótica lo cual, haciéndolo sentirse cohibido, lo hacía bajar los ojos con sumisa humildad, pues ella era distinta de las chicas que él había poseído, gente de medio pelo, pasatiempos. Total, nada en dos platos. En esas burdas peripecias orgánicas sólo el deseo la había impulsado y había cumplido tales actos y fechorías en obediencia a algún misterio insondable. Frente a la incógnita serena e impassible de Cándida, Felipe no tenía más remedio que sofrenar su sin igual sexapetencia, inhibido por el extraño comportamiento de ella. Meditando sobre las consecuencias que arrastraría consigo la posesión de Cándida (en caso de que Dios la ayudara) ¿sería capaz de hacerlo? ¿No fallaría su clan erótico debido a su temor frente a Cándida? De tanta respetarla logró intuir lo grave que sería perjudicarla, pues si el Ñopo quiso casarlo con la burrita ¿no actuaría de igual modo en este caso? Le parecía más fácil imaginarse a Cándida (como se ve en el cine) casada con un príncipe en cuya amplia mansión ella añorara los días felices transcurridos en la isla. Felipe, esclavo favorito de Cándida, aprovechando las ausencias del amo, se acostaría con ella para hacerla sexaolvidar sus nostalgias, corriendo el riesgo de verse en el siguiente episodio convertido en mendigo, ciego y acaso emasculado.

## Fracaso de una misión soteriológica

Las excesivas luces del prostíbulo lo deslumbraron al entrar. Varias muchachas mariposearon en torno a él, seductoramente. La música y la alegre algarabía lo atolondraron aumentando su timidez hasta el extremo de sentirse perdido. Todas las chicas querían subir con él, entretenerse con el confuso y avergonzado nazareno.

—Quiero hablar con la dueña del prostíbulo. Con Rosina Salerno. Traigo un mensaje para ella.

—¿La dueña? Es Gloria Liberty.

—De todos modos, quiero verla. Es urgente.

—¿Las prefieres maduras? —dijo una rubia—. Nosotras somos jóvenes. Ella puede tener la edad de tu mamá.

La persistencia de Danilo corrió de boca en boca por el ámbito alegre del Tabernáculo.

De pronto se produjo una pausa con fondo musical y el alboroto quedó paralizado bajo la magia de una remisa expectación.

—¡Mírala, Cristo! Es toda tuya —dijo una gorda irreverente.

La rubia se echó a reír sarcástica mientras Danilo miraba fíjamente a una atractiva mujer que, detenida en las gradas de la escalera, le hacía señas para que se acercara.

—Ven. Sígueme, precioso.

Sin dignarse esperarlo, subió gradas arriba y él la siguió sumiso.

Ya en la lujosa alcoba, ella le dijo

—¿Preguntaste por una tal Rosina Salerno? Soy yo. Dijeron que me traes un mensaje. Supongo que mentiste sólo por el deseo de conocerme. ¿Qué traes en esa rara maleta? ¿Viniste desde el puerto, y aun sin buscar alojamiento en hoteles, quisiste conocerme? ¿Tengo de veras esa fama? Cobro caro. ¿Lo sabes?

Rosina se desnuda. Va al tocador. Toma una foto y se la muestra a Danilo.

—Te pareces a esta persona bien amada. Es un marino danés. Sigo esperándolo.

Se tiende sobre el lecho.

—Contigo tendré la sensación de estar con él. ¿Qué te detiene? No tengo tiempo que perder. Anda, desvístete. Pero, un momento, espera, tú indagaste por Rosina Salerno. Nadie aquí me conoce por ese nombre. Desde hace muchos años soy legalmente Gloria Líberty. ¿Cómo sabías mi nombre verdadero? Todos aquí me llaman Gloria Liberty. Tengo ese nombre de cartel desde la época en que bailaba de nudista en Colón. Dijiste que traías un mensaje para mí. ¿Qué mensaje? ¿De dónde vienes, dime? ¿Quién eres? Te asemejas otro. Sí, eres como el espectro de mi amado danés. No, no eres Soren. No vayas a decirme que tú...

—Sí, Recibí tu carta. Vengo desde Pausílipo. Soy Danilo.

Rosina siente cierto pudor de estar desnuda frente al hijo hecho un hombre y se cubre con una negligé.

Tú, para mí, sólo eres el amado danés recuperado. Tu llegada ha bastado para matar al otro en mis recuerdos. A buena hora vienes a reemplazarlo, pero para el amor siempre estoy lista. Ven. Desvístete, Soren. Acuéstate conmigo.

—Mamá, tú no comprendes. Yo soy tu hijo Danilo.

—Ya te dije que has matado a tu padre. Quien debe reemplazarlo en el lecho debes ser tú. Compláceme. Te envié mucho dinero. Pagué tu educación eclesiástica. Sé que eres sacerdote.

—Sí. Tengo mi sotana en la maleta. No podía entrar al Tabernáculo con ella puesta.

—Póntela. Quiero saber qué tal te queda. Desde que sé que eres vicario, me agrada cohabitar con los curas. Todos son pervertidos y sinvergüenzas. Algunos lo que buscan es otra cosa. **Indosa la sotana, caro figliolo.** ¿No dices que la traes en la maleta? **Voglio vederti. Sei piu bello di Soren.** Te amo más que a él. Ahora está muerto. Descanse en paz.

Danilo intuye que si endosa sus hábitos puede ampararse mejor contra el demonio. Abre rápidamente la maleta. Se pone la sotana sobre las vestimentas que lleva puestas. Ella lo mira y goza viéndolo vestido de cura. Va aproximándose a él, seductora. Él siente su perfume y se persigna devotamente.

Con tu negra sotana eres más bello y eres más excitante. También creo que eres virgen. Ven, échate conmigo. Quiero iniciarte

—Mamá, sólo he venido al Tabernáculo para cumplir una misión salvadora. Quiero catéquizarte, redimirte. Salvarte del pecado. Liberarte de Satanás. ¿Cómo te atreves a proponerme un coito incestuoso? ¿No te das cuenta de que estás profanando el santo nombre de la Madre de Cristo?

—No hay nexos de pudor que nos separen, porque jamás nos hemos visto. Tú eres un hombre bello y joven. Yo soy una mujer aún tentadora. Los hombres me desean. Sufragan sumas excesivas por poseerme. Yo te he pagado los estudios y ahora tú debes reemplazar a tu padre. Yo te lo exijo, tonto. O me obedeces o yo te desheredo. Soy riquísima. Tú eres mi único hijo. Si mataste a tu padre, reemplázalo como hombre en su lecho. No me exasperes.

—¡Mamá!

—Te suplico que no me des el nombre de madre. Prefiero que me llames Rosina. Ven. Mírame desnuda. Toca mi piel. No temas. Siéntate aquí a mi lado. Tranquilízate. Eres un poco tímido. Abrázame. Ponme tu brazo fuerte sobre el hombro. Así, querido. Pega tu rostro a mi mejilla. ¿Viste qué grata soy, qué deliciosa? No quiero apresurarte. Convérsame si quieres. Catequízame.

—Quiero hablarte de una éximia cortesana de Alejandría llamada Tais. Leí su historia en un libro muy antiguo intitulado **La Leyenda Áurea**. Pafnucio, un joven eremita de la Tebaida quiso salvarla del infierno. Se vistió ricamente y, perfumado, fue a visitar a Tais, que era famosa, porque era bailarina y actriz de gran coturno. Los hombres se peleaban por ella.

Era muy rica. Tais se sintió atraída por el gallardo y apolíneo mancebo y, ya desnuda, se echó en su lecho sin preocuparse de que estaban presentes sus esclavas y unos cuantos eunucos. Él le dijo que prefería acostarse con ella en un sitio donde nadie lo viera. Tais condujo a Pafnucio de una en otra recámara pero éste siempre se abstenía exigiendo la más estricta privacidad para el pecado. Exasperada, Tais lo llevó a un rincón muy en penumbras. En este sitio, le dijo, nadie nos puede ver excepto Dios. Pafnucio, aprovechando la mención del Altísimo, le dijo: Aun sabiendo que Dios te está mirando ¿puedes pecar? Arrepentida, Tais quemó de inmediato sus riquezas a la vista del pueblo y se puso a disposición del eremita quien la llevó al desierto de la Tebaida, la obligó a someterse a duras pruebas viviendo recluida a pan y agua hasta lograr su completo arrepentimiento.

—Pues yo no me arrepiento, hijo de puta. Soy lo que soy. Me siento muy honrada porque he sabido hacerme rica creándome una importante posición. Soy famosa. Tengo muchos burdeles y una inmensa fortuna. Por ser mi único hijo iba a dejártela, pero te has atrevido a despreciarme y eso te va a pesar.

Sin escrúpulo, abrió la puerta y dejó oír una orden con voz entre severa y cariñosa.

—Yoni, querido chombo, ven acá.

Casi al instante penetró en la recámara un negro.

—Desnúdate —le dijo—. Quiero que este curita aprenda lo que es hacer de veras el amor.

Desnudo, el negro se echó con ella y, entre caricias, la cubrió lentamente, sin apresuramientos, con pausadas y suaves ondulaciones de su tensa musculatura elástica.

Arrodillado ante el lecho, Danilo se dispuso a rezar.

—Señor, envíame tu Santísima Misericordia. Tú, que salvaste a tantos pecadores, ten piedad y ayúdame. ¡Miserere nobis!

—¡Bésame, Yoni. Abrazame! ¡Penétrame hasta el fondo! ¡Así! ¡Así! ¿Lo estás viendo, Danilo? ¡Mírame bien! ¡Aprende!

—¡Señor, tú que salvaste a la Magdalena, deja que **la mia mamma** vea tu rostro y ayúdala! ¡Misere nobis!

—Danilo, no te olvides que mataste a tu padre. Tú debías reemplazarlo, pero no importa. Yoni está haciéndolo por ti. Ahonda, querido. Me haces sentir un goce incomparable.

—Señor, tú que salvaste a Santa María Egipciaca, dale fe a la **mia mamma** e inspírale el arrepentimiento. ¡Ten piedad y ampárala! ¡Misere nobis!

—Ahora rápido, Yoni, que estoy llegando al cielo. Ya estoy viendo al Señor en mi delicia. No hay nada comparable. ¡Dale, cariño, rápido!

—¡El Señor es conmigo!

—¡Viva la vida, coño!

Cubriéndose los ojos con ambas manos. Danilo caminó como un ciego hasta la puerta, que había quedado abierta. Bajó las escaleras dando trastabillones y atravesó el salón entre las risas que producía la insólita aparición de un cura ensotado en el Tabernáculo.

Al salir del prostíbulo sintió deseos de vomitar. Trató de hacerlo, pero el viento le alzaba la sotana, la maldita sotana. Se la quitó, furioso, y echó a andar hacia el puerto casi deseando hallar la forma de embarcarse aun sin rumbo tal vez sólo para huir de sí mismo. Sentía el agobio de su feroz derrota imperdonable. Mejor hubiera sido seguir el buen consejo de Renato. Congeniar con Rosina, convencerla para que diera su dinero a la Iglesia o, por lo menos, fundara un gran colegio salesiano para alumnos misérrimos. El vicio pierde su faz venérea si sirve a la cultura. Al llegar a los muelles latían sus sienes como un turbión sin brújula. Tiró al mar su sotana. El fuerte viento la infló grotescamente como un fugaz fantoche que sirvió de entretención a las olas. La brisa helada le hizo sentir escalofríos. Se protegió subiéndose las solapas del saco. De pronto recordó que en su maleta tenía un **sweter** de lana, pero enseguida se dio cuenta de haberla dejado en el burdel de Rosina. En ella había quedado el pasaje, su diploma, sus créditos, su pasaporte, sus documentos importantes. No podría rescatarlas. La algarabía marítima lo hizo pensar de nuevo en la esperanza de embarcarse, escapar, huir sin rumbo. Sintió un hambre voraz. Por culpa de Sant'Elmo se había privado en todo el día de alimentos. Le interesaba hallar albergue y comer algo. Al alejarse de la rada, echó a andar por una acera cubierta de hoteluchos, negocios, almacenes, restaurantes y cafés populares. De repente su atención fue atraída por un letrero que decía TRATORÍA NAPOLITANA.

Al penetrar en el local se dio cuenta de que no había calefacción o, por lo menos, no la habían encendido. Tiritaba de frío. No vio persona alguna fuera del camarero que se acercó solícito y, aunque él quiso irse, lo hizo sentar de todos modos en un ángulo distante de la puerta. ¿Siente frío? Como es tarde, ya la gente se ha ido y el fuego se ha apagado. La clientela de media noche para arriba trae su propia calefacción interior. Para ello nada hay tan saludable como un buen pisco doble. ¿Se lo traigo? Danilo habría pedido una malta o un moscatel o un cinzano, pero el otro no le dejó pensar. Como Danilo estaba cerca del bar, camarero regresó de inmediato con una copa y la botella de pisco. Sirvió una buena dosis y, bébasela mejor de un solo cuajo y al tiro le echo más. Va a darse cuenta de un fogaje en las tripas que para qué le digo. ¿Qué tal? Échese uno por cuenta de la casa. Le dejo la botella por si le agrada repetir.

—Ya me siento mejor —dijo Danilo—. Llévase la botella. Prefiero una orden de empanadas y una cerveza malta.

—Me da el pálpito de que vuelve del puerto después de despedir a un ser amado. Siempre es igual aquí. Valparaíso en un eterno ir y venir de pasajeros. Unos ríen muy alegres y simultáneamente se ponen tristes, lloran, y, de nuevo, sonríen.

Mientras hablaba, sirvió las empanadas y la malta.

Súbitamente se abrió la puerta del local y entraron dos alegres muchachas y un hombre. Colgaron en la percha sus abrigos (**fa un freddo indiolato, per la Madonna**), se frotaron las manos y se situaron junto al bar.

—Camilo, te presento a **due bámbole italiane, Paola e Rosina**.

—**Non far lo stúpido, Pausílipo. Le conozco beníssimo.**

Danilo puso atención al diálogo mientras bebía cerveza y engullía sus calientes empanadas. Estaban sabrosísimas.

—**Bene, bene. Vobliamo bere birra. ¡Subito! ¡Andiamo!** —dijo una de las chicas.

El aspecto chispiante de ambas rubias dejaba claramente entrever que eran del gremio correspondiente al Tabernáculo. El hecho de que el hombre se llamara Pausílipo puso alerta a Danilo. Sin ser muy jovencito, era jovial,